

Por qué las mujeres disfrutan más del sexo bajo el socialismo, de Kristen Ghodsee*

Nerea González de Arriba
Universidad de Oviedo

Este libro se enmarca dentro del repunte de publicaciones contra la tendencia del neoliberalismo sexual que exalta la libre elección y la diversidad en base a teorías posmodernas, que se acoplaron a las lógicas del mercado, focalizadas en cambios en el plano individual y dejando de lado las críticas estructurales capitalistas. La autora nos recalca desde el principio una declaración de intenciones de lo que el lector se va a encontrar en las sucesivas páginas: «un alegato, asentado en referencias históricas, sobre que el capitalismo no regulado es malo para las mujeres y si adoptamos algunas ideas del socialismo la vida mejorará». El sistema capitalista históricamente asentado en relaciones patriarcales ha controlado y reprimido la sexualidad a través del Estado, los códigos y leyes que limitan los derechos reproductivos de las mujeres o simplemente mediante la falta de recursos para planes de educación sexual. La explotación capitalista impone restricciones materiales inmensas para una sexualidad más libre: la precariedad laboral, la dificultad de la conciliación laboral condicionan y limitan la sexualidad sobre todo de las mujeres.

*Es reseña de: Kristen Ghodsee, *Por qué las mujeres disfrutan más bajo el socialismo*, Capitán Swing, 2019, 220 pp.



En contraposición con esta lógica neoliberal, la autora nos rescata de la memoria los inmensos avances históricos para la emancipación femenina que se lograron en la URSS. Se trata de ir sumando relatos que rompan con la visión extendida de que la Revolución Rusa y las repúblicas socialistas

fueron un fracaso para la emancipación femenina por estar supuestamente cargados de prejuicios masculinos. El proceso revolucionario en sus primeros años permitió grandes avances para la emancipación de las mujeres, fomentando la independencia económica y mejora de las condiciones laborales, la conciliación laboral y familiar. Se impulsó una socialización de los trabajos domésticos, tratando con ello de liberar a las mujeres de esa doble carga del hogar socialmente impuesta, en pro de su independencia como trabajadoras que las haría más libres para poder decidir sobre sus relaciones sexuales. Pero también, se hace referencia a las dificultades que hubo, como la obstinación masculina y las desigualdades entre sexos que no se lograron socavar estructuralmente. Sitúa en el punto de desencuentro la consolidación del estalinismo en la URSS y la regresión de derechos que significó para las mujeres.

En las sucesivas páginas, divididas en seis capítulos temáticos, se entremezclan las anécdotas personales, testimonios de mujeres que vivieron en diferentes repúblicas socialistas, con referencias a grandes personajes históricos y su labor política, como Rosa Luxemburgo, Alexandra Kollontai, o Clara Zetkin. Este libro no pretende ser un ensayo teórico acerca de las cuestiones de clase en el feminismo, ni tampoco un alegato a favor del cambio revolucionario; simplemente es una defensa de cómo abordar mejoras económicas para la clase trabajadora supone una sustancial mejora para acabar contra las discriminaciones y abusos a los que se ven sometidas las mujeres. Como la misma autora señala es «un libro de iniciación», no es ni un tratado teórico ni metodológico sobre la impronta del feminismo y socialismo.

El primer capítulo aborda la desigualdad laboral que sufren las mujeres. A través de la explicación de cómo el libre mercado ha

colocado a las mujeres en una dependencia económica respecto a los hombres, en tanto que las ha discriminado de ciertos puestos de trabajo y cuando acceden al mercado laboral son utilizadas como mano de obra barata con salarios más bajos, al considerar que los hombres «valen más» y por eso se les paga más. Mientras que en los estados socialistas intentaron contrarrestar la discriminación contra las mujeres ampliando la oportunidad de empleo, y quitando las restricciones para ocupar cualquier puesto de trabajo. En la práctica siguió existiendo la división sexual por género, ya que las mujeres sobre todo fueron empleadas en el sector público o en trabajos «feminizados» como el textil. En base a esa experiencia socialista, la autora hace un llamamiento en contra de pedir la beneficencia de los empresarios y su condescendencia en pro de la igualdad de las mujeres. Aboga por presionar a los líderes políticos a que den algún tipo de garantía por el pleno empleo y las mejoras sociales con la expansión del sector público.

En el segundo capítulo aborda el tema de la maternidad y el sometimiento que supone para las mujeres en relación a la «discriminación estadística» y a las leyes de la oferta y la demanda: como las mujeres tienen mayor tendencia a dimitir (por la difícil conciliación laboral) los empresarios las pagan menos. Al pagarlas menos, es más probable que en una pareja normativa sea la mujer la que renuncie a su vida laboral, y no el hombre, en pro de los cuidados de los hijos. Así se establece el círculo vicioso del capitalismo y el sometimiento de las mujeres en base a la maternidad. Por ello, aboga por la intervención estatal en estos temas poniendo como ejemplo los apoyos colectivos a la crianza que se dieron en los estados socialistas. Alude en primer término a las diferentes regulaciones legislativas a favor de las bajas por maternidad, así como a las

campañas que animaban a los hombres a cumplir más activamente con su parte del trabajo doméstico y ser padres más activos. Estas políticas no desafiaban en sí los roles de género, y ante la obstinación masculina, las repúblicas socialistas prefirieron poner el enfoque en la sociabilización de los trabajos domésticos y los cuidados infantiles a través de guarderías y escuelas infantiles públicas.

En el tercer capítulo aborda el tema del liderazgo y la presencia de mujeres en puestos de decisión, situándose a favor de las cuotas, pero sobre base la de una ideología igualitaria y en contra del capitalismo que distribuye el poder basándose en modelos competitivos y en las ideas de la meritocracia y la ley del más fuerte. Es decir, no es un llamamiento a que las mujeres ocupen puestos de trabajo para explotar a otras personas, sino puestos de trabajo de relevancia como, por ejemplo, Nedezha Krupskaya, vicecomisaria de Educación entre 1929-1939, las famosas *Nachthexen* (las brujas de la noche) o la política comunista rumana Ana Pauker. Con la ejemplificación de diferentes mujeres comunistas relevantes elabora una defensa de las cuotas impuestas para cargos políticos, consejos de administración y las empresas públicas, considerando que aplicadas correctamente tienden a una eficacia notable a la hora de incrementar en número de mujeres en el poder.

En el cuarto capítulo aborda específicamente el tema de las relaciones sexuales y el poco disfrute de las mujeres para elegir libremente su sexualidad debido a la dependencia económica de los varones. Primeramente, trata las teorías de la economía sexual, en que el sexo es un recurso femenino para el intercambio social en las interacciones heterosexuales. Las mujeres venden su sexo como un mercado y los hombres lo compran con recursos no sexuales, ya que la idea básica es que el sexo es una mercan-

cía controlada por las mujeres, porque éstas generalmente tienen menor deseo sexual. Obviamente esta teoría ha sido duramente atacada por la misoginia intrínseca a ella, pero también tiene muchos seguidores en una cultura individualista y materialista como la estadounidense. Básicamente argumenta que en las sociedades tradicionales el precio del sexo es más alto al vetar el acceso a las mujeres a la vida política y económica, es decir, cuando las mujeres no tienen que ofrecer su sexo para «sobrevivir» las relaciones sexuales se vuelven más fáciles. En contraposición, en sociedades con altos niveles de igualdad de género, con una fuerte protección de la libertad reproductiva y con sólidas redes de protección sexual, las mujeres apenas tienen que preocuparse de qué precio alcanza el sexo en el mercado abierto. En estas circunstancias, el modelo de la teoría de la Economía sexual predeciría que la sexualidad femenina dejaría de ser una mercancía vendible. El capitalismo mercantiliza todas las relaciones sociales. En este apartado desarrolla y ensalza la labor política de las mujeres comunistas por la emancipación sexual de las mujeres y los avances que se lograron al respecto, sufriendo un significativo retroceso con el estalinismo al situar a las mujeres dentro de las formas tradicionales del matrimonio para el levantamiento de la URSS como potencia industrial. Por ello, insiste una vez más en la intervención del Estado sólo en el sector público, para que las dinámicas de la Economía sexual sean socavadas garantizando las libertades individuales.

En el siguiente capítulo, aborda las teorías expuestas anteriormente, fundándose en los estudios que se hicieron antes y después del crucial año 1989 en los países socialistas sobre las formas de vivir la sexualidad en ellos. Esas investigaciones estaban motivadas por la preocupación ante la caída de la tasa de natalidad, por lo que sólo se

centran en las relaciones heteronormativas. Expone una serie de datos, testimonios, estudios en la RDA, Hungría, Polonia, Checoslovaquia y Rumania, que sugieren que el apoyo social que se desplegó a favor de la independencia económica de las mujeres fomentó ciertas políticas, aunque no se aplicaran plenamente. Aunque en parte se promovieran para apoyar objetivos de desarrollo económico, tuvieron como consecuencia una mayor facilidad para abandonar relaciones insatisfactorias, a diferencia de las mujeres en países capitalistas. Basándose en esa memoria histórica realiza una crítica a las actuales condiciones laborales precarias que suponen tal nivel de agotamiento físico y emocional que no compensa mantener relaciones amorosas sin compensación individualista, e invertir en ellas los cuidados necesarios que nos llevarían a relaciones «más francas, más auténticas, y en definitiva mejores».

En el sexto y último capítulo aborda el tema de la ciudadanía política, pero contextualizada sobre todo en el clima político de EEUU y las pasadas elecciones de 2016. La autora se sitúa a favor de gobiernos progresistas que supuestamente favorecerán cambios legislativos a favor de los intereses de la clase trabajadora, ensalzando a figuras políticas como Bernie Sanders o a los modelos políticos de los países nórdicos. Defiende que los intentos de estados apoyados en el marxismo-leninismo fueron necesarios para que el capitalismo desarrollara mejoras sociales, como los programas del Estado del Bienestar. Aunque considera que los estados socialistas fracasaron por su «autoritarismo», se deben extraer lecciones de sus ideas colectivistas y romper con el rechazo instintivo que la propaganda del capitalismo ha vertido sobre cualquier tipo de políticas basadas en sus experiencias. El capitalismo mercantiliza las relaciones sociales y con ello nuestras relaciones sexo/efectivas

son más insatisfactorias e individualistas lo que nos lleva a saciar ese vacío personal consumiendo más productos materiales: la alineación social es rentable. Por ello, es un paso de resistencia abogar por medidas públicas que favorezcan que dediquemos más tiempo a querernos y apoyarnos más y mejor.

Es un libro útil para recordar que los estados socialistas se asentaron sobre una concepción revolucionaria de la lucha contra la explotación y las opresiones. En este sentido, es una lectura que amplía el camino por recuperar la cuestión de clase en los debates teóricos sobre la emancipación femenina, pero tiene sus peligros al enfocarlo sobre todo en una especie de Guerra Fría, sobre la realidad de las mujeres estadounidenses frente a la experiencia socialista. Es un relato por la moderación política, alejado siquiera de la transición gradual al socialismo, que opta por la adaptación pragmática a los marcos vigentes del sistema o los intentos de recuperar un Estado de Bienestar perdido. Tiene un sentido muy limitado y reduccionista, restringido a la lucha por medidas económicas, como la sanidad universal o salario mínimo, necesarias pero insuficientes. Se pierde sentido de totalidad al resto del mundo en el que la izquierda progresista se ha mostrado que no es alternativa para la toma de poder de la clase trabajadora. Además, se echa en falta una carga de análisis sobre dichos Estados de Bienestar como una realidad excepcional y delimitada en el tiempo en un puñado de países en contexto de la fase imperialista del capitalismo. Si no se desarrolla esta cuestión se limita la comprensión de la relación entre opresiones y explotación como parte de una totalidad.

Es un libro, por tanto, de iniciación para aprender de las experiencias del pasado socialista y de sus prácticas avanzadas que intentaron arrancar a las mujeres del aislamiento en el hogar, en favor de su inserción

laboral y en la esfera pública en pro de un mayor disfrute libremente de sus relaciones afectivas. Al fin y al cabo, nunca está de más toda aquella lectura que insista en que la lu-

cha por una sexualidad libre no es algo secundario, ni ajeno a la lucha de clases, sino parte de un mismo combate por una sociedad emancipada.